

## CORNUDO Y CONTENTO

Paso tercero, muy gracioso, en el cual se introducen las personas siguientes, compuesto por Lope de Rueda.

LUCIO, doctor médico.

JERÓNIMO, estudiante.

MARTÍN DE VILLALBA, simple.

BÁRBARA, su mujer.

LUCIO ¡Oh, miserabelis doctor, quanta pena paciuntur propter miseriam! ¿Qué fortuna es ésta, que no haya receptado en todo el día de hoy recepta ninguna? Pues, ¡mirad quién asoma para mitigar mi pena! Éste es un animal que le ha hecho encreyente su mujer qu'está enferma, y ella hácelo por darse el buen tiempo con un estudiante. Y él es tan importuno que no lo hace con dos ni tres vesitas al día. Pero venga, qu'en tanto que los pollos en el corral le turaren, nunca su mujer estará sin fiebre. -Sea bien allegado el bueno de Alonso de...

MARTÍN No, no, señor Licenciado; Martín de Villalba me llamo para toda su honra.

LUCIO Salus adque vita in qua Nestoreos superetis dias. ¿Para qué era nada d'esto, hermano Martín de Villalba?

MARTÍN Señor, perdone vuesa merced, que aún están todavía pequeñuelos; pero sane mi mujer, que yo le prometo un ganso que tengo a engordar.

LUCIO Déos Dios salud.

MARTÍN No, no; primero a mi mujer, plegue a Dios, señor.

LUCIO Mochacho, toma esos pollos, ciérrame esa gelosía.

MARTÍN No, no, señor, que no son pollos de gelosía; vuesa merced puede estar descuidado. ¿Sabe cómo los ha de comer?

LUCIO No, por cierto.

MARTÍN Mire: primeramente les ha de quitar la vida, y plumallos, y echar la pluma y los hígados, si los tuviere dañados.

LUCIO ¿Y después?

MARTÍN Después, ponellos a cocer y comer si tuviere gana.

LUCIO Bien me parece todo eso. Pues, ¿cómo se ha sentido esta noche vuestra mujer?

MARTÍN Señor, algún tanto ha reposado, que, como ha dormido en casa aquel su primo el estudiante, que tiene la mejor mano de ensalmador del mundo todo, no ha dicho en toda esta noche “aquí me duele”.

LUCIO Yo lo creo.

MARTÍN ¡Guárdenos Dios del diablo!

LUCIO ¿Y queda en casa?

MARTÍN Pues si aqueso no huese, ya sería muerta.

LUCIO ¿Tomó bien la purga?

MARTÍN ¡Ah, mi madre! Ni aun la quiso oler. Pero buen remedio nos dimos porque le hiciese impresión la melecina.

LUCIO ¿Cómo así?

MARTÍN Señor, aquel primo suyo, como es muy letrado, sabe lo qu'el diablo deja de saber.

LUCIO ¿De qué manera?

MARTÍN Díjome: “Mirad, Martín de Villalba: vuestra mujer está de mala gana y es imposible qu'ella beba nada d'esto. Vos decís que queréis bien a vuestra mujer.” Dije yo: “¡Ah, mi madre! No estéis en eso, que juro a mí que la quiero como las coles al tocino.” Dijo él entuences: “Pues tanto monta; bien os acordáis que, cuando os casaron con ella, dijo el crego ser unidos en una misma carne.” Dije yo: “Así es verdad.” Dijo él: “Pues siendo verdad lo qu'el crego dijo, y siendo todo una misma carne, tomando vos esa purga, tanto provecho le hará a vuestra mujer como si ella la tornase.”

LUCIO ¿Qué hecistes?

MARTÍN ¡Pardiez! Apenas hubo acabado la zaguera palabra, cuando ya estaba el escudilla más limpia y enjuta que la podía dejar el gato de Mari Jiménez, que creo que no hay cosa más desbocada en toda esta tierra.

LUCIO ¡Bien le aprovecharía!

MARTÍN ¡Guárdenos Dios! Yo fui el que no pude más pegar los ojos, que ella a las once del día se despertó. Y como a mí me había quedado aquella madrugada tan enjuto el estrómago con aquello de la escudilla, hízole tanto provecho a ella que se levantó con una hambre que se comiera un novillo, si se lo pusieran delante.

LUCIO ¿En fin...?

MARTÍN En fin, señor, que como no me podía menear del dolor qu'en estos ijares sentía, díjome su primo: "Andad mal punto, que sois hombre sin corazón; de una negra purguilla estáis que no parecéis son búho serenado."

Entuences el señor, diciendo y haciendo, apañó una gallina por aquel pescuezo, que parece que agora lo veo, y en un santiamén fue asada y cocida y traspillada entre los dos.

LUCIO Hiciérame yo al tercio, como quien juega a la primera de Alemaña.

MARTÍN ¡Ah, mi madre! Bien lo quisiera yo, sino que me hicieron encreyente que le haría daño a mi mujer lo que yo comiere.

LUCIO Hecistes muy bien. ¡Mirad quién ha de vivir seguro de aquí adelante! Según me parece, a vos basta que curemos.

MARTÍN Sí, señor, pero no me mande más de aquello de la'scudilla. Si no, no será mucho, a muchas escudilladas, ahorrar de tripas y quedarse el cuerpo como cangilón agujereado.

LUCIO Agora, pues yo tengo ciertas vesitas, id en buen hora, y acudíos por acá mañana, que con un buen regimiento que yo's ordenare, basta para que se acabe de curar.

MARTÍN Dios lo haga, señor.

(Éntrase el DOCTOR y queda MARTÍN DE VILLALBA. Y sale BÁRBARA, su mujer, y el ESTUDIANTE)

ESTUDIANTE ¡Por el cuerpo de todo el mundo! Señora Bárbara, veis aquí a vuestro marido que viene de hacia casa el doctor Lucio, y creo que nos ha visto. ¿Qué remedio...?

BÁRBARA No tengáis pena, señor Jerónimo, que yo le enalbardaré como suelo. Hacerle he en creyente que vamos a cumplir ciertos votos que convienen para mi salud.

ESTUDIANTE ¿Y... creerlo ha?

BÁRBARA ¿Cómo si lo creerá? Mal lo conocéis. Si yo le digo qu'en lo más fuerte del invierno se vaya a bañar en la más helada acequia, diciendo qu'es cosa que importa mucho a mi salud, aunque sepa ahogarse, se arrojará con vestidos y todo. Háblele.

ESTUDIANTE Bien venga el señor Martín de Villalba, marido de la señora mi prima y el mayor amigo que tengo.

MARTÍN ¡Oh, señor primo de mi mujer! Norabuena vea yo aquesa cara de Pascua de hornazos. ¿Dónde bueno? ¡Oh! ¿Quién es la revestida como la borrica de llevar novias?

ESTUDIANTE Déjala; no la toques. Una moza es que nos lava la ropa allá en el pupilaje.

MARTÍN Mas, ¿a fe?

ESTUDIANTE Sí, en mi ánima; ¿habíate de decir yo a ti uno por otro?

MARTÍN Bien lo creo, no te enojés. ¿Y adónde la llevas?

ESTUDIANTE A casa de unas beatas que le han de dar una oración para el mal de la jaqueca.

MARTÍN ¿Búrlasme, di?

ESTUDIANTE No, por vida tuya y de cuanto luce delante mis ojos.

MARTÍN Ve'n buen hora. ¿Has menester algo?

ESTUDIANTE Dios te dé salud, no agora.

MARTÍN Como tú deseas.

BÁRBARA ¡Oh, grande alimaña, que aun no me conoció! Aguija, traspongamos.

MARTÍN ¡Hola, hola, primo de mi mujer!

ESTUDIANTE ¿Qué quieres?

MARTÍN ¡Aguarda, cuerpo del diablo! Que o yo m'engaño..., o es aquella saya la de mi mujer. Si ella es, ¿dónde me la llevas?

BÁRBARA ¡Ah, don traidor! ¡Mirad qué memoria tiene de mí, que topa su mujer en la calle y no la conoce!

MARTÍN Calla, no llores, que me quiebras el corazón; que yo te conoceré, mujer, aunque no quieras, de aquí adelante. Pero dime: ¿dónde vas?, ¿volverás tan presto?

BÁRBARA Sí, volveré, que no voy sino a tener unas novenas a una santa con quien yo tengo grandísima devoción.

MARTÍN ¿Novenas? ¿Y qué son novenas, mujer?

BÁRBARA ¿No lo entendéis? Novenas s'entiende que tengo d'estar yo allá encerrada nueve días.

MARTÍN ¿Sin venir a casa, álima mía?

BÁRBARA Pues..., sin venir a casa.

MARTÍN Sobresaltado me habías, primo de mi mujer. ¡Burlonazo, maldita la sangre que me habías dejado engotada!

BÁRBARA Pues conviene una cosa.

MARTÍN ¿Y qué, mujer de mi corazón?

BÁRBARA Que ayunéis vos todos estos días que yo allá estuviere, a pan y agua, porque más aproveche la devoción.

MARTÍN Si no es más que aqueso, soy muy contento. Ve'n buen hora.

BÁRBARA Adiós; mirad por esa casa.

MARTÍN Señora mujer, no te cumple hablar más como enferma, qu'el doctor me ha dicho que a mí me ha de curar, que tú, ¡bendito Dios!, ya vas mejorando.

ESTUDIANTE Quedad en buen hora, hermano Martín de Villalba.

MARTÍN Ve con Dios. Mira, primo de mi mujer, no dejes de aconsejarle que, si se halla bien con las novenas, que las haga decenas, aunque yo sepa ayunar un día más por su salud.

ESTUDIANTE Yo lo trabajaré. Queda con Dios.

MARTÍN Y vaya con Él.

FIN DEL PASO TERCERO

## L A S A C E I T U N A S

Paso séptimo, muy gracioso, en el cual se introducen las personas siguientes, compuesto por Lope de Rueda.

TORUVIO, simple, viejo.

ÁGUEDA DE TORUÉGANO, su mujer.

MENCIGÜELA, su hija.

AXOLA, vecino.

TORUVIO ¡Válame Dios, y qué tempestad ha hecho desd'el requebrajo del monte acá, que no parecía sino qu'el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora: ¿qué os terná aparejado de comer la señora de mi mujer? ¡Así mala rabia la mate! ¡Oíslo! ¡Mochacha! ¡Mencigüela! ¡Si todos duermen en Zamora...! ¡Águeda de Toruégano! ¡Oíslo!

MENCIGÜELA ¡Jesús, padre! ¿Y habéisnos de quebrar las puertas?

TORUVIO ¡Mirá qué pico, mirá qué pico! ¿Y adónde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA Allá está, en casa de la vecina, que le ha ido a ayudar a coser unas madejillas. TORUVIO ¡Malas madejillas vengan por ella y por vos! ¡Andad y llamalda!

ÁGUEDA Ya, ya, el de los misterios, ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUVIO Sí, ¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado a cargalla y no podíamos.

ÁGUEDA Ya, noramaza sea, marido. ¡Y qué mojado que venís!

TORUVIO Vengo hecho una sopa d'agua. Mujer, por vida vuestra, que me deis algo que cenar.

ÁGUEDA ¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

MENCIGÜELA ¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!

TORUVIO Sí, después dirá tu madre qu'es el alba...

ÁGUEDA Corre, mochacha; adrézale un par de huevos para que cene tu padre y hazle luego la cama. Yo's aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

TORUVIO ¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me rogastes?

ÁGUEDA Callad, marido. ¿Y adónde lo plantastes? TORUVIO Allí junto a la higuera breval, adonde, si se os acuerda, os di un beso.

MENCIGÜELA Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está adrezado todo.

ÁGUEDA Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí a seis o siete años, llevará cuatro o cinco hanegas de aceitunas. Y que, poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinte y cinco o treinta años, ternéis un olivar hecho y drecho.

TORUVIO Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

ÁGUEDA Mirá, marido, ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré el aceituna y vos la acarrearéis con el asnillo y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, mochacha, que te mando que no me des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO ¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis qu'es cargo de consciencia y nos llevará al amotacén cada'l día la pena? Que basta pedir a catorce o quince dineros por celemín.

ÁGUEDA Callad, marido, qu'es el veduño de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA Así lo haré, padre.

ÁGUEDA ¿Cómo “así lo haré, padre”? Ven acá, mochacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA A como mandáredes, madre.

ÁGUEDA A dos reales castellanos.

TORUVIO ¿Cómo a dos reales castellanos? Yo's prometo que, si no hacéis lo que yo os mando, que os tengo de dar más de docientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGÜELA A como decís vos, padre.

TORUVIO A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA Así lo haré, padre.

ÁGUEDA ¿Cómo “así lo haré, padre”? Tomá, tomá, hacé lo que yo's mando.

TORUVIO Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

ÁGUEDA Ora no me quebréis la cabeza. Mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO ¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA A como quisiéredes, padre. Dejad la mochacha.

MENCIGÜELA ¡Ay, madre! ¡Ay, padre, que me mata!

AXOLA ¿Qué's esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así la mochacha?

ÁGUEDA ¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa. ¡Unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO Yo juro a los huesos de mi linaje que no son ni aun como piñones.

ÁGUEDA ¡Sí son!

TORUVIO ¡No son!

AXOLA Ora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

ÁGUEDA Averigüe o póngase todo del quebranto.

AXOLA Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TORUVIO Que no, señor, que no es d'esa manera que vuesa merced se piensa; que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

AXOLA Pues traeldas aquí, que yo's las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGÜELA A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemín.

AXOLA Cara cosa es ésa.

TORUVIO ¿No le parece a vuesa merced?

MENCIGÜELA Y mi padre a quince dineros.

AXOLA Tenga yo una muestra d'ellas.



TORUVIO ¡Válame Dios, señor! Vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceituna y qu'ella la cogería y que yo la acarrease y la mochacha la vendiese. Y que, a fuerza de drecho, había de pedir a dos reales por cada celemín. Yo, que no, y ella, que sí. Y sobre esto ha sido la cuistión.

AXOLA ¡Oh, qué graciosa cuistión! Nunca tal se ha visto. Las aceitunas no están plantadas y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas.

MENCIGÜELA ¿Qué le paresce, señor?

TORUVIO No llores, rapaza; la mochacha, señor, es como un oro. Ora andad, hija, y ponedme la mesa, que yo's prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

AXOLA Ora, andad, vecino; entráos allá dentro y tené paz con vuestra mujer.

TORUVIO Adiós, señor.

AXOLA Ora, por cierto, ¡qué cosas vemos en esta vida que ponen espanto! Las aceitunas no están plantadas, ya las habemos visto reñidas. Razón será que dé fin a mi embajada.

FIN

Vidit Ioachimus Molina Impresos con licencia en la ínclita ciudad de Valencia, en casa de Joan Mey.